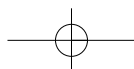
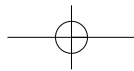
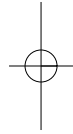


Magia en el viento



La Romántica



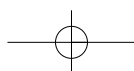


Christine Feehan
Magia en el viento
Las hermanas Drake I

Traducción de Montse Florenza Noguera



 Planeta



Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con establecimientos comerciales, escenarios o acontecimientos es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

Título original: *Magic in the Wind*

© Christine Feehan, 2003, 2005
© por la traducción, Montse Florenza Noguera, 2009
© Editorial Planeta, S. A., 2009
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Vanessa Ho
Fotografía de la autora: © Cassandra Young
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2009

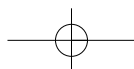
Depósito legal: B. 50.875-2008
ISBN: 978-84-08-08467-9
Composición: La Nueva Edimac, S. L.
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Biografía

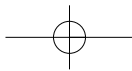
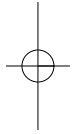
Christine Feehan ha publicado más de treinta novelas, agrupadas en cuatro series. Su novela de debut, *El príncipe oscuro*, ganó tres de los nueve premios Paranormal Excellence Awards de literatura romántica en 1999. Desde entonces ha recibido numerosos galardones, incluidos siete premios PEARL, varias nominaciones a los premios RITA y un galardón al conjunto de su carrera otorgado por la revista *Romantic Times*.

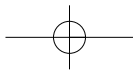
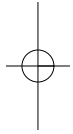
Sus obras, que han sido traducidas a numerosos idiomas y publicadas en todo tipo de formatos (incluido el *manga*), alcanzan regularmente los primeros puestos de las listas de libros más vendidos. Su última novela publicada, *Safe Harbor*, llegó directamente al número uno en la lista de *The New York Times*.

www.christinefeehan.com



*Para mis hermanas... Gracias por la magia
y el amor que nunca han faltado
en mi vida.*





Capítulo 1

Sarah ha vuelto. Sarah está en casa. El susurro sonaba demasiado fuerte y siempre con temor. O era respeto. Damon Wilder no sabía decidir cuál de las dos cosas. Llevaba oyendo el mismo cotilleo típico de los pueblos pequeños desde hacía horas, y cada vez en el mismo tono bajo. Odiaba admitir que sentía curiosidad y no tenía intención de rebajarse a preguntar, no después de haberse mostrado tan celoso de su intimidad desde su llegada, hacía un mes.

Mientras recorría por la pintoresca y estrecha acera de madera, el viento parecía susurrar «Sarah ha vuelto». Lo oyó al pasar por delante de la gasolinera, cuando el fornido Jeff Dockins lo saludó con la mano. Lo oyó mientras se demoraba en la pequeña panadería. *Sarah*. El nombre no tenía por qué entrañar ningún misterio, pero así era.

No tenía ni idea de quién era Sarah, pero inspiraba tanto interés y admiración entre la gente del pueblo que Damon se sintió totalmente intrigado. Sabía por experiencia que los habitantes de aquella tranquila población costera no eran fácilmente impresionables. Ni el dinero, ni la fama ni los títulos ayudaban a ganarse su respeto. Trataban igual a todo el mundo, desde el más pobre hasta el más rico, y parecían no tener prejuicios contra ninguna religión o cualquier otra preferencia. Por eso él había escogido ese lugar. Allí un hombre podía ser quien fuera y a nadie le importaba.

Todo el día oyó los murmullos. No había llegado a ver

a la misteriosa Sarah, pero había oído que una vez escaló los escarpados acantilados de la costa para rescatar a un perro. Una tarea imposible. Él había visto esos acantilados llenos de grietas y trepar por ellos era imposible. Se sorprendió a sí mismo sonriendo ante la idea de alguien acometiendo semejante proeza, y había pocas cosas que lo divirtieran o lo intrigaran.

La única tienda de comestibles estaba en el centro del pueblo y la mayor parte de los cotilleos se gestaban allí para después extenderse como la pólvora. Damon decidió comprar unas cuantas cosas antes de volver a casa. No llevaba allí más de dos minutos cuando lo oyó de nuevo: «Sarah ha vuelto.» El mismo susurro suave, la misma admiración y respeto.

Inez Nelson, la dueña de la tienda, era el centro de atención, soltando chismes, según su costumbre, en lugar de marcar los precios de los productos en la caja registradora. Normalmente, Damon no soportaba tener que esperar, pero esta vez remoloneó delante del estante del pan con la esperanza de enterarse de algo más respecto a la misteriosa Sarah que finalmente había regresado.

—¿Estás segura, Inez? —preguntó Trudy Garret, cogiendo a su hija de cuatro años y casi ahogándola con su abrazo. ¿Sus hermanas también han vuelto?

—Oh, seguro, claro. Vino directa a la tienda, tan cierto como que ahora estamos aquí, y compró un montón de comida. Dijo que había vuelto a la casa del acantilado. No dijo nada de las demás, pero cuando una aparece, las otras no andan lejos.

Trudy Garrett miró a su alrededor, y bajó la voz todavía un poco más.

—¿Todavía era... Sarah?

Damon puso los ojos en blanco. La gente siempre acababa sacándolo de quicio. Pensaba que mudarse a una población pequeña le iba a permitir encontrar una forma de llevarse mínimamente bien con los que lo rodeaban,

pero todos eran sencillamente idiotas. Pues claro que Sarah era aún Sarah. ¿Quién demonios iba a ser? Probablemente, esa muchacha fuese la única persona con cerebro en cincuenta kilómetros a la redonda, por eso pensaban que era diferente.

—¿Qué puede significar? —prosiguió Trudy—. Sarah sólo vuelve cuando algo está a punto de ocurrir.

—Yo le pregunté si todo iba bien, y ella se limitó a sonreír como suele hacerlo y dijo que sí. No querías que me entrometiera en sus cosas, ¿verdad, querida? —concluyó Inez santurrónamente.

Damon soltó un suspiro de impaciencia. Inez había hecho de meterse en la vida de los demás el objetivo de su vida, ¿por qué iba a estar excluida de eso la ausente Sarah?

—La última vez que estuvo aquí, Dockins casi se murió, ¿te acuerdas? —comentó Trudy—. Se cayó del tejado, y resultó que Sarah estaba paseando precisamente por ahí y... —Hizo una pausa, echó un vistazo a la tienda y bajó el tono de voz hasta convertirla en un susurro—. El viejo Mars del puesto de fruta, dijo que Penny le había dicho que Sarah...

—Trudy, querida, sabes que no hay que creerse nada de lo que Mars dice. Es un buen hombre y es encantador, pero a veces se inventa cosas —la interrumpió Inez.

El viejo Mars era un tipo amargado y mezquino, que solía tirar fruta a los coches si estaba de mal humor. Damon esperó que un rayo fulminase a la tendera por su flagrante mentira, pero no ocurrió nada. Lo peor de todo era que él quería saber qué había dicho el viejo Mars sobre Sarah, aunque fuese una invención descarada. Y eso lo fastidiaba de verdad.

Trudy se inclinó un poco más hacia Inez, miró teatralmente a derecha e izquierda sin ni siquiera darse cuenta de que él estaba allí. Damon suspiró pesadamente, con ganas de zarandear a aquella mujer.

—¿Recuerdas aquella vez en que el pequeño Paul Baily se cayó en un agujero?

—Sí me acuerdo, ahora que lo dices. Estaba encajonado en aquel hueco tan estrecho y nadie podía llegar hasta él, porque estaba muy abajo. La marea estaba subiendo.

—Yo estaba ahí, Inez, y la vi sacarlo. —Trudy se enderezó—. Penny dijo que había oído decir a la peluquera que Sarah estaba trabajando para una agencia secreta, y que la habían mandado clandestinamente a un país extranjero para asesinar al líder de un grupo terrorista.

—Oh, no lo creo, Trudy. Sarah sería incapaz de matar a nadie. —La mujer se llevó las manos a la garganta al tiempo que añadía escandalizada—: No me lo puedo imaginar.

Damon ya había tenido bastante cotilleo. Si no iban a decir nada que mereciera la pena oír, se largaría de allí antes de que Inez concentrase su atención en él. Dejó sus compras en el mostrador y, fingiendo un extremo aburrimiento, dijo:

—Tengo prisa, Inez. —Esperando que eso aligerase las cosas y evitara las habituales tentativas de la mujer de relacionarlo con gente.

—Vaya, Damon Wilder, me alegro de verle. ¿Conoce a Trudy Garret? Trudy es una mujer maravillosa, y es del pueblo. Trabaja en el Salt Bar and Grill. ¿Has ido a comer alguna vez allí? El salmón es muy bueno.

—Eso he oído —contestó él entre dientes, mirando brevemente a Trudy en señal de saludo. Lo mismo daba. Cada cual se había montado su propia película sobre él, inventando una historia que Damon se resistía a contarles. Lamentó un poco el regreso de Sarah. También estaban elaborando sus teorías sobre ella—. Tal vez pudiese decirme una cosa sobre la bonita mansión de los acantilados —dijo, sorprendiéndose a sí mismo y sorprendiendo a Inez. Él nunca le daba conversación a nadie. Quería que lo dejaran en paz. Maldijo a Sarah por ser tan misteriosa.

La mujer pareció desconcertada y, por un momento, se quedó sin palabras.

—Ya debe de saber a cuál me refiero —insistió él, a pesar de sí mismo—. Tres plantas, balcones por todas partes, una torrecilla redonda. Está rodeada de maleza, pero hay un camino que lleva al viejo faro. Estaba paseando por allí y, con toda esa vegetación, creía que la casa estaría en muy mal estado, como la mayor parte de los edificios abandonados de por aquí, pero estaba perfectamente. Me gustaría saber qué poner en la pintura para tenerla así.

—Esa mansión es propiedad privada, señor Wilder —respondió Inez—. Ha pertenecido a la misma familia desde hace al menos cien años. No sé lo que le ponen a la pintura, pero resiste muy bien el clima. Nadie merodea por allí.

Inez estaba regañándolo abiertamente.

—No estaba merodeando, Inez —replicó él exasperado—. Como muy bien sabe, la sal marina castiga mucho la pintura y la madera de las casas. Ésa, en cambio, está en un estado de conservación remarcable. De hecho, parece nueva. Tengo curiosidad por saber qué usaron. Me gustaría conservar mi casa igual de bien. —Hizo un esfuerzo por sonar razonable en lugar de enfadado—. Sé algo de química y no me imagino qué podría conservar así una casa a lo largo de los años. No parece dañada por el mar, el tiempo o ni siquiera los insectos. Es extraordinario.

Inez frunció los labios, lo cual siempre era una mala señal.

—Bien, pues le aseguro que no tengo ni idea.

Su voz sonaba resuelta, como si estuviera muy ofendida. Marcó las compras de Damon en la caja registradora en un tiempo récord y sin decir ni una palabra más.

A continuación, él cogió las bolsas con una mano y con una expresión que desafiaba a Inez a preguntarle si necesitaba ayuda. Apoyándose pesadamente en su bastón, se volvió hacia Trudy.

—El chico que pasea el perro de la peluquera le dijo al barrendero que había visto a Sarah caminar sobre el agua.

Los ojos de Trudy se abrieron a causa de la impresión, pero no había incredulidad en su rostro. Inez hizo un ruido que Damon no pudo identificar. Asqueado, giró sobre sus talones y se fue. Desde la primera vez que había oído susurrar el nombre de Sarah se había sentido inquieto. Trastornado. Agitado. Había algo extraño creciendo en su interior. ¿Curiosidad? ¿Excitación? Aquello era ridículo. Maldijo en voz baja a la chica ausente.

Él quería que lo dejaran en paz, ¿no? No tenía ningún interés en mujeres sobre las que cotilleaba la gente del pueblo. Puede que Sarah no caminase por encima del agua, pero su casa era un misterio. No vio ninguna razón por la que no pudiera hacerle una visita vecinal y preguntarle qué conservantes se habían usado en la madera para conseguir aquellos resultados casi increíbles.

Damon Wilder era un hombre que había llegado al límite de la cordura. Mudarse a aquella pequeña población costera era su último intento por aferrarse a la vida. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo ni por qué había escogido aquel sitio en particular, con sus excéntricos vecinos, pero se había sentido atraído por el lugar. Era lo que quería. En cuanto había pisado aquella rica tierra, supo que allí estaría su casa o no tendría ninguna. Tratar de encajar era un infierno, pero el mar lo tranquilizaba, y sus largos paseos a través de rocas y acantilados milenarios distraían su mente.

Damon se tomó su tiempo para llevarse las compras.

La conciencia de que aquel pueblo, aquel sitio, era su último lugar era tan fuerte que incluso se había comprado una casa. Su hogar era una de las pocas cosas de las que disfrutaba. Le encantaba trabajar en él. Le gustaba la madera. Podía abstraerse en la tarea de reformar una habitación hasta adaptarla a sus necesidades exactas. Durante horas y horas, el trabajo lo ocupaba y podía distraer su

mente como ninguna otra cosa; eso lo hacía sentirse en paz por un tiempo.

Miró la amplia bahía a través de su gran ventanal, desde el que, podía ver sin obstáculos la casa del acantilado. Damon había pasado más horas de las que le gustaría reconocer observando las oscuras y silenciosas ventanas, los balcones y las almenas. Era una construcción única, de otro siglo, de otra época y de otro lugar. Ahora, por primera vez, las luces estaban encendidas. Las ventanas desprendían una brillante y acogedora luz.

La pierna le dolía una barbaridad. Lo que necesitaba era sentarse y descansar, no ir arriba y abajo por aquellos caminos. Miró fijamente la casa, atraído por su calidez. Casi parecía que estuviera viva y le pidiese disfrutar de la contemplación del mar, pero en vez de eso, se sorprendió a sí mismo cojeando con decisión hacia el sendero que llevaba a los acantilados. Fue casi un impulso incontenible. El camino era estrecho y empinado, y rocoso en algunos lugares; prácticamente, una senda para animales cubierta de maleza. Su bastón resbalaba en los guijarros y estuvo a punto de caerse. Cuando llegó al límite de la propiedad privada, estaba sudando.

Se quedó allí mirando sin salir de su asombro. No hacía ni dos días que había estado en aquel lugar, y que había caminado alrededor de la casa y por los terrenos circundantes. Había maleza silvestre, altos arbustos y mala hierba por todas partes. Los arbustos y los árboles estaban secos, con la oscuridad del invierno en las hojas. Una notable ausencia de sonido le daba al lugar un aire escalofriante y misterioso. Ahora, en cambio, había flores, como si éstas hubieran brotado de la noche a la mañana. Sus ojos se toparon con un derroche de color, y bajo sus pies se extendía una alfombra de hierba. Podía oír el zumbido de los insectos, el sonido de las ranas croando alegrementemente en todas direcciones, como si la primavera hubiera llegado de súbito.

La verja, que permanecía cerrada por seguridad, estaba abierta. Todo parecía dispuesto a recibirlo. Una sensación de paz comenzó a invadir su corazón. Una parte de él deseaba sentarse en uno de los acogedores bancos y dejarse emparar por aquella atmósfera.

Las rosas trepaban por el enrejado y los rododendros estaban por todos lados, había enormes bosques de ellos. Nunca había visto unas plantas tan imponentes. Damon se adentró en el sendero, reparando en que las malas hierbas habían desaparecido. Un camino empedrado conducía a la casa. Cada losa de piedra tenía un símbolo cincelado con esmero. Habían puesto mucho cuidado en grabarlo profundamente en la piedra. Damon se inclinó para observar el brillantísimo trabajo. Admiró la talla y los detalles. Los artesanos de aquel pequeño pueblo tenían todos ese don, algo que él respetaba profundamente.

Mientras se acercaba a la casa, se levantó un viento de mar que le trajo salpicaduras de espuma y una melodía cadenciosa. «Sarah ha vuelto. Sarah está en casa.» Las palabras cantaban atravesando alegres la tierra. Fue entonces cuando oyó a los pájaros y miró a su alrededor. Estaban por todas partes, toda clase de aves saltando de un árbol a otro, un revoloteo de alas por todos lados. Las ardillas parloteaban mientras corrían de rama en rama. El sol se ponía sobre el océano tiñendo el cielo de colores brillantes: rosa, naranja, rojo. La niebla se levantaba en el horizonte lejano, uniéndose al mar y dando la impresión de que era una isla en las nubes. Damon nunca había visto nada tan bonito.

Se quedó allí de pie, apoyado en su bastón y observando maravillado la transformación de su entorno.

Unas voces llegaron desde la casa. Una era suave y melodiosa. No podía entender las palabras que decía, pero su tono se abrió paso a través de su piel hasta llegar a sus huesos. A sus órganos vitales. Se acercó un poco, atraído por el sonido, e inmediatamente vio dos perros enfrente del porche. Los dos vigilaban en guardia, con las cabezas

gachas, el pelo erizado, sin emitir ningún sonido. Damon se quedó helado.

Las voces seguían. Una de ellas lloraba, podía oír el desgarrador sonido; era la voz de una mujer. La de tono melodioso la calmaba. Wilder afianzó su peso sobre las piernas y cogió el bastón con las dos manos. Si iba a tener que utilizarlo como arma, eso le permitiría moverlo mejor. Aunque estaba preocupado por los perros, estaba más centrado en la voz. Se esforzó por entender mejor.

—Por favor, Sarah, debes de poder hacer algo. Sé que puedes. Por favor, di que me ayudarás. No soporto esto —decía la voz que lloraba.

Su pena era tan profunda que Damon sintió mucha lástima de ella. No podía recordar la última vez que había sentido el dolor de alguien. No podía recordar sentir algo que no fuera aburrimiento o frustración. Los dos perros olfatearon el aire y, como si reconocieran, de repente movieron la cola saludándolo y se sentaron; el pelo aplacado les hacía parecer mucho más amistosos. Sin dejar de vigilar a los animales, Damon prestó atención a las palabras pronunciadas en aquel tono suave y musical.

—Sé que es difícil, Irene, pero esto no es como poner una tirita en una rodilla. ¿Qué dicen los médicos?

Hubo más sollozos, que impresionaron y lo hicieron sentir como si lo desgarrasen por dentro, como si se le removiese el estómago y un terrible peso le oprimiera el pecho. Olvidó por un momento los perros y se llevó la mano al corazón. Era Irene Madison. Ahora reconocía la voz, y sabía por Inez de la tienda de comestibles que su hijo de quince años, Drew, padecía una enfermedad incurable.

—No hay esperanza, Sarah. Dijeron que nos lo llevaríamos a casa y procurásemos que estuviera cómodo. Sabes que puedes encontrar una forma. Por favor, hazlo por nosotros, hazlo por mí.

Damon avanzó despacio hasta la casa, preguntándose

qué diablos pensaba Irene que Sarah podía hacer. ¿Un milagro? Se hizo un pequeño silencio. La ventana estaba abierta, el viento hacía bailar las blancas cortinas de encaje. Aguardó, conteniendo la respiración. Esperó la respuesta de Sarah, el sonido de su voz.

—Irene, sabes que no hago ese tipo de cosas. Acabo de volver. Ni siquiera he deshecho las maletas. Me estás pidiendo...

—Sarah, te lo suplico. Haré cualquier cosa, te daré lo que sea. Te lo pido de rodillas...

Los sollozos de la mujer trastornaban a Damon. Su dolor era tan intenso.

—Irene, ¡levántate! ¿Qué estás haciendo? Ya basta.

—Dime que vendrás a verlo. Por favor, Sarah. Nuestras madres eran íntimas amigas. Si no lo haces por mí, hazlo por mi madre.

—Iré, Irene. No te prometo nada, pero pasaré por allí.

—Había resignación en aquella voz amable. Cansancio—. Mis hermanas llegarán dentro de uno o dos días, y en cuanto hayamos descansado, te iremos a visitar y veremos qué podemos hacer.

—Sé que piensas que te estoy pidiendo un milagro, pero no es eso; sólo quiero más tiempo con él. Ven cuando hayas descansado, cuando las otras hayan llegado y puedan ayudar.

El alivio que Irene sentía se extendió también a Damon sin que él tuviese idea de por qué. Sólo sabía que el peso que le oprimía el pecho había desaparecido y, por un momento, sintió el corazón ligero.

—Veré lo que puedo hacer.

Las voces se acercaban hacia donde él estaba. Damon esperó, el pulso se le aceleró a causa de la expectación. No tenía ni idea de qué esperaba ni de qué quería, pero todo él se había quedado en suspenso.

La puerta se abrió, y dos mujeres salieron y se detuvieron a la sombra del amplio porche de columnas.

—Gracias, Sarah, muchas gracias —dijo Irene tomando la mano de la otra con agradecimiento—. Sabía que vendrías.

Bajó de prisa los escalones, pasó por delante de los perros, que habían corrido hacia su dueña, y le dedicó una rápida sonrisa a Damon cuando pasó por delante de él. Su rostro manchado de lágrimas brillaba de esperanza.

Wilder se apoyó en su bastón y miró fijamente a Sarah.

Capítulo 2

Sarah permanecía de pie en el porche, su cuerpo en la sombra. Damon no tenía ni idea de cuántos años podía tener. Su rostro parecía intemporal. Sus ojos, en cambio, parecían haber vivido mucho, llenos de inteligencia y poder. Su piel era lisa y perfecta, dándole la apariencia de una extrema juventud, en abierto contraste con la sabiduría que reflejaba su franca mirada. Sarah estaba allí de pie, en silencio, con sus increíbles ojos fijos en él.

—¿Cómo ha pasado la verja?

Aquello no era lo que él esperaba. Dio media vuelta para mirar atrás, hacia la obra de arte de hierro forjado. Medía dos metros de alto y era una intrincada pieza de orfebrería. La había estudiado en más de una ocasión, observando los símbolos y las representaciones de distintos animales, lunas y estrellas. Un *collage* de criaturas salvajes mezcladas con signos universales de la tierra, el agua, el fuego y el viento. Todas las demás veces que había ido a mirar la casa y la tierra de alrededor, la verja estaba cerrada a cal y canto.

—Estaba abierta —se limitó a contestar.

Sarah alzó una ceja, miró la verja y de nuevo a él. Había interés en su mirada.

—¿Y los perros? —Dejó caer una mano hasta la enorme cabeza de uno de ellos y le rascó las orejas distraídamente.

—Me han echado un vistazo y han decidido que les caía bien —respondió Damon.

Ella frunció levemente el cejo durante un breve instante.

—¿En serio? Debe de llevarse bien con los animales.

—Yo no me llevo bien con nadie —soltó él antes de poderlo evitar. Lo sorprendió y a la vez lo avergonzó no ser capaz de ponerle humor a semejante confesión, que se quedó flotando entre ambos.

Sarah se limitó a estudiar su rostro durante largo rato. Una eternidad. Tenía una mirada directa que parecía ver más allá de su cuerpo físico e introducirse en su alma. Eso hizo sentir a Damon incómodo e inquieto.

—Será mejor que entre y se siente un rato —dijo ella al fin—. Hay oscuridad alrededor de su aura. Puedo ver que sufre, aunque todavía no soy capaz de saber por qué ha venido.

Se dio la vuelta y entró en la casa, obviamente esperando que él la siguiera. Los dos perros así lo hicieron, corriendo tras ella, yendo de un lado a otro ante sus pies.

Damon estaba comportándose de una manera impropia en él desde que había oído esos primeros rumores. En ese momento se quedó allí de pie, apoyado en su bastón, preguntándose qué le había cogido. Había visto a la poderosa Sarah, ésta era sólo una mujer con unos ojos increíbles. Eso era todo. No podía caminar por encima del agua ni mover montañas. No podía escalar acantilados imposibles o cargarse a jefes de organizaciones terroristas. Sólo era una mujer. Y posiblemente estaba como una cabra. ¿Que su aura tenía oscuridad? ¿Qué diablos significaba aquello? Probablemente tuviese muñecas de vudú y gallinas muertas en su casa.

Miró hacia la puerta abierta. Ella no se volvió ni miró para comprobar si él la seguía. La casa se la había tragado. Misteriosa Sarah. Damon alzó los ojos hacia el cielo casi negro, a las primeras estrellas y los flotantes jirones de nubes. El hecho lo irritaba, pero sabía que iba a seguirla dentro de la casa. Igual que sus malditos perros.

Se consoló pensando que tenía gran interés por saber cómo conservaba la madera y la pintura. Damon había tenido curiosidad por aquella casa mucho antes de que la joven volviera al pueblo, y no podía dejar pasar la oportunidad de estudiarla de cerca, aunque eso significara tener que charlar un rato con una loca desconocida. Se pasó la mano por su oscuro pelo y lanzó una mirada a la entrada vacía. Profiriendo maldiciones en voz baja, se dirigió hacia allá tan bien como se lo permitieron su bastón, su cadera y su pierna dañada.

La escalera de entrada era sólida como una roca. El porche era amplio y hermoso, rodeaba la casa e invitaba a sentarse a la sombra y disfrutar de la vista de los embates del mar. Damon hubiera querido quedarse allí y seguir sintiendo la paz de la casa de Sarah, pero se encaminó hacia el interior. El aire parecía fresco y perfumado, y olía a alguna fragancia que le recordó los bosques y las flores. La entrada era amplia, revestida de azulejos que formaban un mosaico, y se abría a una estancia enorme.

Con un cierto sentimiento de reverente temor, Damon miró hacia abajo, a los dibujos del suelo, y al hacerlo tuvo la sensación de que caía dentro de otro mundo. El profundo azul del mar estaba contenido en el océano de aquel cielo, con estrellas estallando y naciendo a la vida, mientras la luna era una brillante bola de plata. Se quedó paralizado, deseando arrodillarse y examinar cada centímetro del pavimento.

—Me gusta este suelo. Es una lástima caminar sobre él —dijo en voz alta.

—Me alegra que le guste. Yo creo que es precioso —dijo ella. Su voz era suave terciopelo, pero llegaba hasta él desde el otro lado de la estancia—. Lo hicieron mi abuela y sus hermanas. Les llevó mucho tiempo que les quedase tal como querían. Dígame qué ve cuando mira ahí, al cielo de medianoche.

Él dudó, pero la fuerza del suelo era demasiado difícil de resistir. Lo examinó cuidadosamente.

—Hay sombras oscuras en las nubes que tapan la luna. Y detrás de éstas, un anillo rojo la rodea. Las estrellas están conectadas formando un extraño dibujo. El cuerpo de un hombre flota sobre ese mar de nubes y algo le ha atravesado el corazón. —Acto seguido la miró con expresión desafiante.

Sarah se limitó a sonreír.

—Estaba a punto de tomarme un té; ¿le apetece una taza? —Se alejó de allí y fue hacia la cocina.

Damon podía oír el sonido del agua mientras llenaba la tetera.

—Sí, gracias, buena idea.

Y realmente le parecía una buena idea, lo cual era absurdo, porque él nunca bebía té. Ni una taza. Estaba perdiendo la cabeza.

—Las fotos de mi abuela y sus hermanas están a su izquierda, si quiere verlas.

Damon siempre había considerado que mirar fotos de gente a la que no conocía era una pérdida de tiempo, pero en ese momento no pudo resistirse a mirar las de las mujeres que habían conseguido crear semejante belleza. Se acercó a la pared, llena de recuerdos. En ella había muchas fotografías de mujeres, unas en blanco y negro, otras en color. Algunas de las fotos eran claramente muy antiguas, pero pudo percibir con facilidad el parecido entre todas aquellas mujeres. Carraspeó y frunció el ceño al observar una extraña pauta que se repetía en todas las fotos de grupo.

—¿Por qué hay siempre siete mujeres en todas las fotos de familia?

—Por lo visto, en la nuestra se da un extraño fenómeno —contestó Sarah con amabilidad—. En cada generación, hay alguien que tiene siete hijas.

Sorprendido, Damon se apoyó en su bastón y estudió cada grupo de caras.

—¿Una de cada siete chicas ha dado siempre a luz a siete hijas? ¿A propósito?

Ella rió y fue hasta donde él estaba, frente a la pared de las fotografías.

—Cada generación.

Wilder la miró a ella y después los rostros de sus hermanas en una foto cercana al centro de la pared.

—¿Cuál de ustedes ha heredado la predisposición a la locura?

—Buena pregunta. A nadie se le había ocurrido preguntarlo antes. Mi hermana Elle es la séptima, así que a ella es a quien le corresponde esa responsabilidad. O locura, si lo prefiere.

Sarah señaló a una chica de aspecto juvenil, intensos ojos verdes y una abundante melena pelirroja cuidadosamente recogida en una cola de caballo.

—¿Y dónde está la pobre Elle ahora mismo? —preguntó él.

Sarah cogió aire, que después exhaló lentamente al tiempo que agitaba sus largas pestañas. De inmediato, su rostro reflejó paz. Parecía serena, radiante. Observarla provocó algo extraño en el corazón de Damon, una curiosa sensación de ternura que resultaba totalmente aterrador. Fascinado, no podía dejar de mirarla. Aunque pareciera extraño, por un momento sintió como si ella ya no estuviera allí. Como si su cuerpo físico se hubiera separado de su espíritu, permitiéndole viajar a través del tiempo y el espacio. Damon meneó la cabeza tratando de deshacerse de esa impresión disparatada. Él no era una persona fantasiosa, pero estaba seguro de que, de algún modo, Sarah había entrado en contacto con su hermana.

—Elle está en una cueva de piedras preciosas, en el subsuelo, donde puede oír el latido del corazón de la tierra. —Acto seguido, abrió los ojos y lo miró—. Soy Sarah Drake —dijo.

—Damon Wilder. —Y señaló hacia su casa—. Su nuevo vecino.

La miraba fijamente, empapándose de ella. No sabía por qué. Estaba seguro de que no era la mujer más bella del mundo, pero su corazón y sus pulmones insistían en que sí. Sarah era de mediana estatura, con un cuerpo muy femenino. Vestía unos vaqueros azules descoloridos y una camisa a cuadros de franela. No era en absoluto una mujer con *glamour*, aunque a él lo dejara sin aliento y con el corazón acelerado. Comenzó a sentir una dolorosa excitación, aunque ella ni siquiera intentaba coquetear; se limitaba a estar allí, con su ropa cómoda y su abundante melena oscura echada hacia atrás, despejando su pálido rostro. Era lo más exasperante y humillante que Damon había tenido la mala suerte de experimentar.

—Ha comprado la antigua casa Hanover. La vista es fantástica. ¿Cómo vino a parar a nuestro pueblo? —Su fría mirada azul era directa y excesivamente analítica—. Parece el tipo de hombre que se sentiría mucho más cómodo en una gran ciudad.

Damon apretó el bastón con fuerza. Sarah pudo ver cómo los nudillos se le ponían blancos.

—Lo vi en un mapa y enseguida supe que era donde quería vivir cuando me retirase.

Ella estudió su rostro, las arrugas de dolor grabadas en él, los ojos demasiado viejos. Estaba rodeado por la marca de la Muerte, y Muerte era lo que él había leído en el cielo de medianoche, sin embargo la atraía.

Alzó una ceja formando un arco perfecto.

—Diría que es usted un poco joven para retirarse. No hay mucha emoción por aquí.

—Me temo que tengo que contradecirla. ¿Se ha pasado por la tienda de comestibles últimamente? Inez siempre ofrece entretenimiento.

En su voz se mezclaron el sarcasmo y el desprecio.

Sarah se apartó de él, sus hombros visiblemente rígidos.

—¿Qué sabe exactamente de Inez que le ha permitido formarse una opinión de ella después de sólo un mes de vivir aquí?

Sus palabras denotaban dulzura e interés, pero él tuvo la sensación de que acababa de ofenderla.

Damon se le acercó, cojeando como un cachorrito, tratando de no mascullar maldiciones. A él nunca le había importado lo que los demás pensarán. Todo el mundo tenía sus opiniones y eran pocas las que tenían cierto fundamento. ¿Por qué diablos le importaba la de Sarah? ¿Y por qué sus labios tenían que moverse de un modo tan provocativo y cautivador?

La cocina estaba alicatada con el mismo azul medianoche del cielo del mosaico. Una larga serie de ventanas daba directamente a un jardín de flores y hierbas. Divisó una fuente de tres pisos en medio. Sarah le señaló la larga mesa con la mano mientras ella preparaba el té. Damon no había visto ni una mota de polvo o de suciedad por ningún lugar de la casa.

—¿Cuándo llegó?

—Ayer por la noche, a última hora. Es genial estar aquí de nuevo. Han pasado dos años desde mi última visita. Mis padres están en Europa en este momento. Tienen varias residencias y les encanta Italia. Mi abuela está con ellos, así que esta casa ha estado vacía.

—Entonces, ¿esta mansión es de sus padres?

Ella negó con la cabeza con su leve y misteriosa sonrisa, y él siguió preguntando:

—¿Es suya?

—Y de mis hermanas. Nos la dio nuestra madre. —Cogió una humeante taza de té y la colocó en la mesa junto a su mano—. Creo que le gustará. Es relajante y le ayudará a que se le calme el dolor.

—Yo no he dicho que me doliera nada. —A Damon le entraron ganas de abofetearse. Aquello sonaba incluso ridículo a sus propios oídos; un niño desafiante negando

la verdad—. Gracias —consiguió murmurar, intentando oler el té sin ofenderla.

Sarah se sentó delante de él, sosteniendo a su vez una taza entre las manos.

—¿Cómo puedo ayudarle, señor Wilder?

—Lámeme Damon —le pidió él.

—Damon entonces —respondió con una leve sonrisa—. Pues yo sólo soy Sarah.

Damon sentía su penetrante mirada.

—Tu casa me ha llamado mucho la atención, Sarah. La pintura no se ha desteñido ni desconchado, ni siquiera con la sal del aire. Esperaba que pudieses decirme qué protector usasteis.

Ella se reclinó en la silla y se llevó la taza a los labios. Tenía una hermosa boca. Grande y llena, y curvada, como si sonriera permanentemente. O invitara a que la besaran. La idea se le ocurrió de manera inesperada, mientras la miraba. Una pura tentación. Sintió el peso de la mirada femenina.

—Entiendo. Vienes a última hora de la tarde, con dolor, porque estabas ansioso por saber qué clase de protector he usado para mi casa. Eso suena totalmente lógico.

Su tono no parecía divertido, ni siquiera ligeramente sarcástico, pero un apagado color rojo se extendió por el rostro de él. Sus ojos veían demasiado, veían en su interior, donde Damon no quería ser visto, donde no podía permitirse ser visto. Quería mirar hacia otro lado, pero no parecía capaz de apartar su mirada de Sarah.

—Dime de verdad por qué estás aquí. —Su voz era suave, invitaba a la confesión.

Damon se pasó las manos por el pelo, contrariado.

—La verdad es que no lo sé. Siento haber invadido tu privacidad.

Pero no lo sentía. Era mentira y ambos lo sabían.

Sarah tomó otro sorbo de té y le señaló su taza.

—Bébetelo. Es una mezcla especial que preparo yo mis-

ma. Sé que te gustará y te hará sentir mejor. —Le sonrió—. Te prometo que no le he puesto sapos ni ojos de tritón.

Su sonrisa le cortó la respiración. Fue muy extraño; como sentir un puñetazo en el estómago, tan fuerte, que lo dejó sin aire en los pulmones. Esperó hasta que sintió que el corazón volvía a latirle, hasta que estuvo lo bastante recuperado como para hablar.

—¿Por qué crees que necesito sentirme mejor? —preguntó, esforzándose por parecer despreocupado.

—No hace falta ser vidente para saberlo, Damon. Eres cojo. Tienes arrugas de tensión alrededor de la boca y te tiembla la pierna.

Él se llevó la taza a los labios y dio cautelosamente un sorbo a su contenido. Tenía un sabor especial.

—Me agredieron hace un tiempo. —Las palabras salieron de su boca sin que pudiera detenerlas. Horrorizado, miró dentro de la taza, temiendo que su té fuera un suero de la verdad.

Sarah dejó cuidadosamente su infusión sobre la mesa.

—¿Una persona te agredió?

—Bueno, no era un extraterrestre. —Tomó otro poco de té. El calor lo reconfortó, y se extendió por todo su cuerpo hasta llegar a las zonas doloridas.

—¿Por qué puede querer nadie matar a otro? —se preguntó Sarah en voz alta—. Nunca lo he entendido. El dinero es una razón verdaderamente estúpida.

—Hay mucha gente que no opina lo mismo —replicó él, y se frotó la cabeza como si le doliera, o tal vez recordando—. La gente mata por muchas razones, Sarah.

—Qué horrible debió de ser para ti. Espero que lo atraparan.

Antes de poderlo evitar, Damon negó con la cabeza. La clara mirada de Sarah se fijó en su rostro, volvió a mirar en su interior hasta exasperarlo.

—Yo pude escapar, pero mi ayudante... —se detuvo para corregirse— mi amigo no tuvo tanta suerte.

—Oh, Damon, lo siento muchísimo.

—No quiero pensar en ello.

No podía. Aún lo tenía demasiado cercano, demasiado vívido. Todavía estaba en sus pesadillas, en su corazón y en su alma. Podía oír los ecos de los gritos. Podía ver la súplica en los ojos de Dan Treadway. Llevaría esa mirada consigo hasta la muerte, para siempre grabada en su cerebro. De repente, el dolor fue casi demasiado como para poder resistirlo. Lloró por dentro, su pecho ardía y tenía un nudo de pena en la garganta.

Sarah pasó los brazos por encima de la mesa para colocar las yemas de los dedos en su cabeza. Lo hizo con naturalidad, como si nada, y su tacto era tan ligero que él apenas podía sentirlo. Sin embargo, notó los efectos; eran como estrellas calmantes que estallaran en su cerebro. Pequeños impulsos eléctricos que aniquilaban el terrible dolor punzante de sus sienes y su nuca.

Damon le cogió las muñecas y le apartó las manos. Estaba temblando y ella podía sentirlo.

—No. No hagas esto —le dijo, y a continuación la soltó.

—Lo siento, debería haberte preguntado primero —se disculpó Sarah—. Solamente estaba tratando de ayudarte. ¿Quieres que te lleve a casa? Ya está oscuro ahí fuera, y no sería seguro para ti tratar de bajar la colina sin luz suficiente.

—Así pues, debo entender que lo del conservante de la pintura es un oscuro secreto de familia —comentó él, tratando de aligerar la situación. Apuró la taza de té y se levantó—. Sí, acepto tu ofrecimiento; no me vendría mal que me llevaran.

Era duro para su ego tener que aceptarlo, pero no era un completamente idiota. ¿Podría haberse comportado de una forma más tonta?

La suave risa de Sarah lo sorprendió.

—La verdad es que no sé si el conservante es un secre-

to de familia o no. Tendré que hacer algunas averiguaciones sobre el tema e informarte al respecto.

Damon no pudo evitar sonreír al ver que ella lo hacía. Había algo contagioso en la sonrisa de Sarah, algo adictivo en su personalidad.

—¿Sabes que cuando llegaste aquí, el viento susurraba «Sarah ha vuelto. Sarah está en casa»? Yo mismo lo oí. —Las palabras surgieron de su boca casi como un homenaje.

Ella no se burló, tal como él esperaba. Parecía complacida.

—Eso que has dicho es muy bonito. Gracias, Damon —le dijo sinceramente—. ¿De verdad la verja estaba abierta? La verja de delante, no la lateral.

—Sí, estaba abierta de par en par, como para recibirme. Al menos ésa es la sensación que tuve.

Los ojos azul oscuro de Sarah se movieron por el rostro de él, captando cada detalle, cada arruga. Damon sabía que no había mucho que ver. Un hombre en la cuarentena, sacudido y marcado por la vida.

Sus cicatrices no eran visibles, pero llegaban a lo más hondo, y ella pudo ver claramente al hombre atormentado.

—Qué interesante. Creo que estamos destinados a ser amigos, Damon.

Su voz lo envolvió en suavidad y calor, y él entendió por qué la gente del pueblo pronunciaba su nombre maravillada, con respeto. Misteriosa Sarah. Parecía tan abierta, y sin embargo sus ojos encerraban miles de secretos. Había música en su voz y un poder sanador en sus manos.

—Me alegro de que hayas vuelto a casa —le dijo, esperando no quedar como un tonto.

—Yo también me alegro —respondió ella.